

Sobre los vínculos padres-hijo en el fin de siglo y sus posibles repercusiones en el desarrollo del niño

*Víctor Guerra*¹

Resumen

Desde una perspectiva intersubjetiva intento en este trabajo abrir un camino de reflexión sobre los cambios culturales, el fin de siglo y las modificaciones que creo se configuran en las denominadas representaciones culturales sobre la parentalidad y sobre el niño. Los padres están atravesados por un imaginario social que delimita funciones, expectativas y anhelos en la constitución de “su majestad el bebe”, que difiere de lo esperado idealmente en otros momentos de la historia de la humanidad. Estos puntos me conducen a ensayar algunas interpretaciones sobre ciertas características que aparecen en los vínculos padres-hijo tales como: la dificultad con los límites y la inquietud motriz del niño; que se han ido convirtiendo en temática común en aquellos que nos consultan por sus hijos pequeños (tempranos).

En relación a esto es que reflexiono –desde una perspectiva winnicottiana– sobre la constitución del falso self, y establezco una distinción entre el falso self intelectual y el falso self motriz, como forma de intentar dar cuenta de ciertas peculiaridades (y dificultades) en la estructuración psíquica del niño.

Summary

From an intersubjective perspective I intend in this paper to open a path of reflection about the cultural changes, the end of the century and the modifications I believe have taken place in the nominated cultural representations concerning parenthood and being a child. Parents are taken by a social imaginary that delimit functions, expectatives and

¹. Miembro Adherente de la APU.
Atanasio Lapido 2830 A.303. 11300 Montevideo. E-mail:factori@adinet.com.uy

yearnings in the constitution of “his Majesty the baby”, which differ of what was ideally expected at other times of the history of humanity. These matters lead me to rehearse some interpretations about certain characteristics that appear in the bonds parents-child such as: the difficult with limits and the restlessness of the child; that have become a common topic in those that consult for their little children.

In relation to this is that I meditate –from a Winnicott’s point of view– about the constitution of the false self and I establish a distinction between the intellectual false self and the motor false self, as a means to show certain peculiarities (and difficulties) in the psychic structuration of the child.

**Descriptores: INTERSUBJETIVIDAD / CAMBIO / SOCIOLOGÍA /
RELACIÓN PADRE-HIJO / RELACIÓN MADRE-HIJO /
IMAGEN CORPORAL / MATERIAL CLÍNICO**

Introducción

Las ideas que abordaré en este trabajo configuran un tema sin duda polémico, sobre el que intento exponer mis interrogantes y reflexiones.

Considero, que un campo tan vasto como el de los vínculos en la primera infancia, no puede ser abordado únicamente desde una perspectiva psicoanalítica. Sabemos que los aspectos histórico-sociales toman un peso importantísimo a la hora de buscar determinantes en las conductas de relación entre los sujetos. Si bien siempre habrá un recorte particular de significación subjetiva de los acontecimientos, no podemos negar la evidencia de que las coyunturas culturales en el que la familia está inmersa establecen pautas, que hacen marca en los vínculos y en la estructuración psíquica del niño.

Siguiendo estas reflexiones, me permito suponer que a la hora de pretender “trabajar” con un niño y sus padres, resulta fecundo poder cuestionarse cuál es el peso de ciertas pautas culturales en la apreciación que estos padres tienen de su hijo y de sí mismos como padres (y de nosotros mismos con relación a ellos).

El intentar un acercamiento histórico-social de las modificaciones que estos dos aspectos han tenido a lo largo de los años en la cultura, nos permite abrir una perspectiva diferente de la escucha del discurso de los padres (y del niño).

Aspectos históricos

Así que pretender trabajar la idea de cuál es lugar del niño en nuestra cultura, lleva a una serie de preguntas: ¿Qué se espera de él? ¿Cuáles de sus actitudes están investidas por los padres y cuáles no? ¿Esto ha sido siempre igual, o a lo largo del tiempo ha habido variaciones?

Las interrogantes abren un camino de reflexión que me lleva en primer lugar a pensar en qué ha pasado con el “lugar” del niño en algunos momentos puntuales de la historia.

Una de las formas para acercarnos a la imagen del niño en el pasado es apelar a las manifestaciones artísticas.

F. Dolto (1991) plantea que durante el siglo XV y aún en el XVI el niño disfrazado de adulto era una constante en la pintura. Los niños aparecían con ropas y gestos de adultos o ancianos, tal cual lo atestigua algunos de los grabados de Durero. En algunas de las pinturas de Bruegel por ej., los niños son “modelos reducidos” del ámbito adulto. Cuando son investidos por los adultos parecen ser más tomados en valor de objeto que de sujeto y no se trasunta por ej. el dolor ante la pérdida.

Ariés, P. (1993) sostiene más intensamente que durante mucho tiempo no se tuvo la noción de infancia. “Salidos de las faldas de su madre o su nodriza, los niños eran lanzados, sin la transición que conocían las sociedades primitivas, al mundo de los adultos y allí se confundían con ellos y eran tratados como tales. No había jóvenes hombres sino hombres jóvenes. La edad adulta comenzaba pronto, antes de la pubertad y acababa también pronto, poco después de los 30 años”.

Señala también Gélis, J. (1989) que en la sociedad medieval no existía la noción del infante con derecho a una existencia, en más de un sentido era un “niño público”, pertenecía mas al tronco de la comunidad que a su propia familia. Podríamos decir que uno de los motivos por el cual la investidura del niño poseía estas particularidades era la alta tasa de mortalidad. Este investigador señala que es sobre finales del siglo XVI que comienzan a aparecer ejemplos de una preocupación por darle un *status* diferente, que

se manifiesta por la preocupación y el deseo por la sobrevivencia individual del niño, unido a nuevas muestras de afectividad.²

Gélis entiende que el cambio –que se fue dando paulatinamente– estuvo también sostenido por el papel de la Iglesia, que difundió dos modelos de infante: el del niño místico y el del niño-cristo.

Brindando un modelo de niño cercano a Dios, era necesario templar y dominar su espíritu ante los excesos de los impulsos, y según este autor fue éste uno de los motivos por el que la educación del niño pasó a ser dominada por el estado y la iglesia.

De todas formas se observa cómo al entrar en juego la educación fuera del ámbito del hogar, parece cambiar el concepto de infancia.

Como aspecto central de esta somera revisión histórica deseo recalcar como Aries sostiene que es recién en el siglo XVI que se da comienzo a un proceso por el que se llega al concepto de infancia –tal cual la conocemos hoy–, y que esto se debió fundamentalmente a la escolarización progresiva de la educación.

Resulta sumamente interesante puntualizar como aparece unido socialmente el concepto de infancia con la búsqueda de un saber y un conocimiento.

“Una niña del presente”

². Vigarello, G. (1995) refiere asimismo como elemento substancial que hay que tener en cuenta: “la medición de la victoria sobre la muerte para comprender las actitudes hacia la infancia”. Así, más adelante, hacia el 1750 se produce un descenso importante de la mortalidad en el niño y en el adulto, ya que las expectativas de vida pasan de los 30 a 40-45 años. Este cambio lo refiere a una transformación de las actitudes familiares, con mayores cuidados higiénicos, mayor vigilancia, aislamiento contra las epidemias, etc. Pero aún en el siglo XVIII coinciden actitudes opuestas. Por ej. en algunas personas de la alta burguesía aparece una fascinación por el bebé y por su cuidado. Así como su opuesto, “En 1780, el lugarteniente de la policía Lenoir constata no sin amargura que sobre los veintidós mil niños que nacen por año en París, apenas mil son criados por sus madres. Otros mil, privilegiados, son amamantados por nodrizas en la casa paterna. Todos los demás pasan del seno materno al domicilio más o menos lejano de una nodriza a sueldo. Son muchos los niños que morirán sin haber conocido nunca la mirada de su madre” (Badinter, E. 1990).

El niño permanecía en la casa de la nodriza por un espacio de 2 a 5 años, y estaba expuesto a “ser ahogado, aplastado, dejado caer, sufriendo una muerte prematura; o puede ser devorado, mutilado o desfigurado por un animal salvaje, un lobo o un perro, y la nodriza, temiendo ser castigada por su negligencia, puede poner a otro niño en su lugar” (L. de Mause 1982). Como vemos el proceso de cambio fue dándose de una manera progresiva y contradictoria.

Luego de realizar este rastreo preliminar sobre la historia, pensemos en el presente, cuestionándonos los posibles perfiles del niño hoy en día. Para aproximarnos a ello recurriré a un ejemplo de mi práctica.

No tomaré para ello una expresión de patología instaurada, sino del trabajo desde el campo de la prevención, en este caso de mi labor como Psicólogo (Psicoanalista) en una institución de educación preescolar.

En una reunión de trabajo grupal que solicitaron los padres con relación al tema de los “límites”, una madre comentaba las dificultades con su hija de 2 años, ya que sus resistencias para no aceptar los frenos que ellos le planteaban terminaban por desorientarlos. La convivencia se transformaba en una auténtica lucha que terminaba por dejarlos agotados. Esta niña no sólo no aceptaba los frenos de tocar todo lo que ella quería, sino que incluso cuando no satisfacían inmediatamente sus deseos, estallaba en una rabieta e incluso le pegaba al padre o a la madre. Esto fue comentado jocosamente al grupo y este hizo eco de dicha situación, donde algunos padres comentaban situaciones similares, confesando también algunos, que en ocasiones, al sentirse desbordados reaccionaban dándole una “palmada” a su hijo.

Al realizarles la pregunta de que hubiera sucedido si ellos de niños le hubieran hecho eso a sus padres; la respuesta fue unánime: era algo impensable. Siguió a estos una serie de comentarios sobre los cambios en esta época. Algunos decían que los niños son más activos, más inteligentes y se desarrollan más rápido que antes porque tienen más estímulos y agregaban que sabían que eso era muy importante, pero que el problema se creaba con “los límites”. ¿Cuándo ponerlos?, ¿hasta dónde dejarlos?, ¿cuándo pueden ser perjudiciales? ¿Está bien que el hijo elija, por ejemplo, los programas de televisión que mira, aún cuando ellos (los padres) se queden –a veces– sin elección?

Todas estas interrogantes (que en mi experiencia son las cotidianas en la infancia temprana) promovieron una acalorada discusión, que por momento llevaba a que irremediablemente, en estos tiempos es muy difícil ser padre y madre.

En un momento el padre de dicha niña puso como ejemplo una pirámide, y decía que la familia es como una pirámide, donde en el vértice antes estaba la figura del abuelo por el que había un respeto incondicional. Ejercía la autoridad en su familia y su opinión era sumamente valorada, y además agregó: *“en cambio ahora me parece que es al revés, lo que puedan decir los abuelos no importa tanto y ahora arriba de la pirámide esta la nena, fíjate que hasta nos pega!”*.

Hasta aquí el ejemplo, el cual puede ser muy rico en múltiples vertientes.

Vemos como se entrecruzan diferentes vectores, pero deseo jerarquizar el hecho que dentro de las múltiples lecturas posibles nos encontramos con que lo que se inicia como un discurso individual, termina generando un eco en los demás padres. Este hecho nos hablaría de dificultades en común, de situaciones que trascienden lo peculiar para tornarse un elemento repetitivo del vínculo padres-hijo del presente.

Estos ejemplos y muchos otros de consultas terapéuticas,³ me han inclinado a pensar que en el trabajo con la primera infancia y el vínculo padres-hijo, resulta más enriquecedor realizarlo con una escucha de la historia infantil de los padres y de la reactivación de su constelación edípica en la relación con su hijo, pero también con una escucha ampliada hacia las representaciones y modelos que provienen desde la cultura.

Hecho que podemos resumir en dos preguntas básicas:

- 1) ¿Qué lugar parece ocupar el niño en la cultura y en la familia?
- 2) ¿En qué lugar quedan posicionados los padres?

Especialmente ¿qué tipo de imagen de padre comienza a circular en el imaginario social?

Aspectos culturales: la subjetividad en el fin de siglo

También el ejemplo nos puede servir como punto de partida para reflexionar sobre el tema central de los vínculos padres-hijo. Si bien tenemos múltiples aristas, tomaré en este momento el comentario de los padres de que en los tiempos actuales las cosas cambiaron y que los niños y los padres son diferentes a los de antes. Sin olvidar los aspectos individuales, podríamos tomar esto como una expresión de cambios vinculares y familiares que provienen del particular momento cultural en que vivimos y que tienen sus efectos en la conformación de la subjetividad.⁴

³. En mi trabajo en el Jardín de Infantes “Maternalito”, durante más de diez años de labor, he atendido alrededor de quinientos casos de consultas de niños entre los seis meses y cinco años de edad. En un porcentaje muy alto (más del 60%) los motivos de consultas giran en torno al tema: “dificultad con los límites”, y “agresividad”. La edad de mayor consulta se da entre los dos y tres años de edad, donde el motivo central de inquietud en los padres lo configuran los aspectos ya señalados.

⁴. Tomo aquí a la subjetividad como: “la forma en la que el hombre vive y estructura su experiencia como sujeto” (Bernardi, R. 1997).

Tomaré como guía para tratar de entender algunos aspectos socioculturales que vivimos en la actualidad, los aportes de diversas disciplinas realzando algunos puntos que partiendo de las influencias sociales, inciden en éste aspecto.

Conformación de la subjetividad

1) Papel del consumo. Dice el filósofo M. Andreoli (1996) que: “el pasaje del centro de gravedad de la cultura contemporánea a la esfera del consumo lleva que el individuo progresivamente deje de definirse por la unidad de dirección del esfuerzo orientado a la realización de una vocación y tienda, en cambio a construir su subjetividad desde los modos de gratificación que elige. Su identidad dependerá en parte del tipo de cosas de las que obtiene placer que de lo que hace como trabajo”.

2) Hedonismo. “Ciertas formas de vida hedónicas, que antes habían sido privilegio de algunas *élites*, se convierten en la forma dominante de la orientación vital de capas más amplias de la población.

Asimismo, la búsqueda del éxito del individuo ya no está tan ligada al reconocimiento en la vida y los intercambios con los otros, sino que se sustentaría más en el plano de la afirmación personal.

Se sentarían así algunas bases para la formación de individualidades menos dispuestas a la postergación de la satisfacción.

La supresión de las inhibiciones en favor de una expresividad más amplia de elementos hasta entonces reprimidos llegó a ser un signo de la liberación individualista” (Andreoli, op. cit.).

Quiero entonces intercalar una reflexión en ese punto, donde la construcción de la subjetividad parece estar cimentada en la búsqueda del placer y en un ideal de no postergación de la satisfacción. Esto se nos aparecería como esperable y estructurante en el interjuego narcisista de los tiempos iniciales y fundantes de un psiquismo que sin la investidura y la “ilusión” de completud no existiría la noción de individuo. Pero el problema que plantea nuestra cultura es que parece haber una tendencia a extenderlo más allá de los inicios, para ser un valor a “cultivar” a lo largo de la existencia del ser humano.

3) Cambio del modelo corporal. Señala Vigarello, G. (1995) que hay una nueva importancia atribuida al cuerpo y sobre todo al cuerpo joven y delgado. Plantea que: “la

caída de los ideales trascendentes, políticos, morales o religiosos, aumenta la importancia de la conciencia corporal, sentirse mejor, agudizar la sensibilidad, no envejecer”. Pero ese cuerpo que aparece como más “liberado” –en lo sexual por ej.–, queda atado a ideales sociales coercitivos. El tema de las “dietas” que atormentan al individuo de este fin de siglo. Poseen un *status* de exigencia superyoica como tal vez lo tenía antes el control de la sexualidad. (¿Podríamos pensar sarcásticamente que si antes el enemigo era la “carne”, ahora lo es la “grasa”?)⁵

4) Modelo identificador juvenil. Señala también Andreoli –y en correlación con el punto anterior– que toma privilegio la preocupación por el cuerpo como nuevo anclaje de la subjetivación, habiendo un predominio de modelos identificatorios juveniles que se acompaña de nuevas exclusiones. En la cotidianeidad “se separa” cada vez más la vejez y la dimensión afectiva de la enfermedad y la muerte. Calende, E. (1997) señala como “el modelo hegemónico es el de ser joven. La infancia actual parece acortarse, los niños en período de latencia y los púberes toman los modos y costumbres de los jóvenes a los que tienen como modelos de identificación”.⁶

5) Temporalidad. En cuanto a la temporalidad, mientras que: “en las comunidades tradicionales los discursos legitimatorios y las identificaciones sociales remitían al pasado, definiendo a los titulares de los poderes por la estirpe, la modernidad emergió privilegiando el futuro, buscando la comprensión tanto de la historia colectiva como de las vidas individuales en términos de metas a realizar. Por el contrario, en la fase actual que se vive en las zonas centrales de la cultura capitalista, los anclajes biográficos y las legitimaciones radican cada vez más en el presente” (Andreoli, op. cit.).

M. Casas (1998) expresa que “la primacía del presente muestra la historización flaqueante. Importa poco el pasado o las raíces, y el futuro se da por añadidura”. Así sólo tienen sentido las metas próximas. Entonces un presente signado por la búsqueda de gratificaciones es especialmente discontinuo. Las vivencias logradas se extinguen y

⁵. Más allá del sarcasmo coincidimos con Vigarello (op. cit.) cuando señala que “No han desaparecido las viejas referencias a la depuración del cuerpo, muy por el contrario, solo son más trabajadas, más eufemizadas: cambian las palabras y las imágenes, se habla de grasas y no de deshechos, de ‘almacenamiento’ y no de descomposición”. Las grasas focalizan los nuevos rechazos... las nuevas fórmulas revelan la fuerza de este modelo: “limitar el aporte calórico, quemar las grasas, depurar el organismo, eliminar la celulitis”. C. Martínez de Bagattini (1997) también ha señalado el papel de los aspectos culturales en los casos de anorexia nerviosa, “la sociedad y la cultura de la imagen tienen el poder de hacer estallar, en forma de patologías tales como la anorexia y la bulimia, los aspectos mal constituidos de lo femenino”... “Poder social que se expresará en la forma de patologías que se asocian con los paradigmas que cada época impone. Así la histeria de principios de siglo asociada a la represión de la sexualidad, como la anorexia hoy, asociada a un ideal femenino de delgadez”.

⁶. Personalmente creo que esto también opera en los adultos de diferentes maneras, como un factor que proviene desde la cultura.

el placer que debe ser renovado una y otra vez, no puede dotar de unidad de sentido a la existencia (Andreoli, op. cit.)

Aunque cabe también consignar que esto obra como empuje en la búsqueda de logros, los que parecen estar más próximos para el sujeto.

6) Reubicación de lo público y lo privado. Diferentes autores se cuestionan este aspecto. Un grupo de historiadores y antropólogos uruguayos plantean: “¿qué ha venido sucediendo en forma paralela con el espacio privado, con la vida privada en este último tramo del siglo? Los medios de comunicación implosionan sobre el espacio de la intimidad, transformando a la vez, aquella protegida subjetividad alojada o guarecida puertas adentro, invadiendo sus espacios de reflexividad y de libertad y, de manera intrusiva y obsesiva.⁷ Generando lo que ha dado en llamarse una subjetividad ‘posmoderna’, modelada por un mundo privado interferido o encimado por espacio público”...”el análisis de los sistemas de valores radicados en ese tipo de subjetividad ‘externalizada’ da como resultado que se trata de valores predominantemente concernidos por la imagen de sí mismo, con una marcada acentuación de rasgos narcisísticos”.⁸

La subjetividad, volcada entonces hacia afuera, se proyecta en los objetos, la tecnología, las actuaciones sociales, así como en otras apropiaciones materiales y simbólicas que pueden otorgarle “valor” al sujeto y conectarlo al mundo de los demás” (Barran, J., Caetano, G., Porzecanski, T. 1996).

A su vez Baudrillard sostiene que sólo en apariencia hay un perfeccionamiento de la intimidad. “La actividad del ocio da la clave de la pseudoprivacidad de la nueva esfera de la desintimización de la llamada intimidad” (op. cit.).

⁷. Creo que es válido aquí insertar las reflexiones de Calvino, I. (1994), cuando al respecto dice: “Vivimos bajo una lluvia ininterrumpida de imágenes, los “media” más potentes no hacen sino transformar el mundo en imágenes y multiplicarlas a través de una fantasmagoría de juego en espejos: imágenes que en gran parte carecen de la necesidad interna que debería caracterizar a toda imagen, como forma y como significado, como capacidad de imponerse a la atención, como riqueza de significados posibles. Gran parte de esta nube de imágenes se disuelve inmediatamente, como los sueños que no dejan huellas en la memoria; lo que no se disuelve es una sensación de extrañeza, de malestar”.

⁸. R. Bernardi (1996) con relación a cómo el hombre de fin de siglo estructura y vive su experiencia como sujeto, dice “En su hambre por tener relaciones el ser humano ha caído en cierta confusión entre al esfera pública y la privada, pretendiendo que la esfera íntima pueda transparentarse en el dominio de los roles sociales. Es así que cada vez más se siente insatisfacción ante la expresión parcial de la intimidad que es posible lograr a través de los roles sociales”. Señala además que: “Sin la función contenedora de las formas y rituales sociales consistentes, el yo encuentra más difícil estructurar sus necesidades narcisistas, y éstas tienden a desbordar sobre la esfera de las relaciones objetales, dificultando los procesos de integración y delimitación de la identidad”. Según su punto de vista esto puede favorecer el despliegue de fantasías grandiosas, la difusión de la identidad, y la denominada patología del vacío.

7) Ansiedades ante el nuevo siglo. Desde hace algunos años (y últimamente más) he venido observando cómo cada nuevo avance en las tecnología y sobre todo en el plano de la comunicación y la computación, produce un efecto fascinante e impactante en muchos padres (y en todos nosotros). Ante el vértigo que implica la renovación permanente y la rapidez con que algo que es actual dentro de unos meses pasa a ser obsoleto, la herida narcisista es inevitable. Esto día a día nos enfrenta a nuestros propios límites y la finitud (como figura de la castración), y creo que todos estos cambios nos sacuden nuestros aspectos narcisistas de tal manera que difícilmente esto puede ser tramitado simbólicamente y cobra una vía de expresión en la relación con los hijos.

Galende, E. (1997) dice: “Se expresa en la angustia constante de ser sobrepasado por el progreso técnico-científico que deja caducos los conocimientos y las prácticas adquiridas, y amenaza con el desempleo o la desocupación profesional que agrega un elemento más de ansiedad y angustia cotidiana”. Señala también en ese sentido Gomel, S. (1993) “las veloces transformaciones de la realidad imprimen un grado de aceleración por el cual la brecha generacional se agiganta”.

En las consultas que recibo, escucho cada vez más a los padres hablar de que muchas veces su pequeño hijo (de 2,3 o 4 años) se “agiganta” ante sus ojos (y ante mi escucha), cuando por ejemplo los deja maravillados con su capacidad de manejo de la computadora, o de la información que proporciona la TV, o de los electrodomésticos en general.

De esta manera les queda la gratificación de que este hijo se está “preparando” bien para el futuro incierto e inesperado del nuevo siglo. Algunos padres llegan a decir: “y bueno ellos (los niños) siempre fueron el futuro pero ahora es diferente, ellos van a ser los dueños del nuevo siglo, nosotros ya somos del siglo pasado. Es bueno que se prepare y que tenga carácter y personalidad en un mundo tan difícil y con tanta competencia”.

Deseo aclarar –que desde mi perspectiva– todos estos cambios no tienen porqué tener necesariamente un contenido negativo, ya que todo depende de cómo esto se anude con el deseo de los padres y con las características de la estructura familiar. En la medida en que se den dificultades importantes en las funciones materna y paterna, podemos pensar que los cambios culturales podrían potenciar diferentes dificultades del desarrollo del niño (aspecto que desarrollaré más adelante). De lo señalado, en este trabajo quiero ahora ocuparme de las “dificultades” en la función paterna.

Dificultades en la función paterna

Entonces, en muchos padres aparece una confusión en torno al “lugar” en que ubicarse con relación a ese hijo. Guiados por esa vivencia de que en el hijo debe primar la imagen de fortaleza y vitalidad, les resulta sumamente conflictivo ponerle frenos, límites, enfrentarlos a la frustración de una prohibición, ya que temen que tenga efectos muy negativos en su “desarrollo”. Retomando el ejemplo de la “pirámide” y la ubicación de la niña en el vértice, en muchos casos parece que es el niño y **“el desarrollo máximo de sus potencialidades” el eje que, aparentemente, sostiene la estructura familiar.**

Parecería que estuviera en entredicho el aspecto estructurante de la función paterna, por lo que algunos autores llegan a hablar de declinación de la misma. Este hecho creo que debe significarse en relación a una polaridad, ya que si “declina” la función paterna (y el papel del padre), ¿que se eleva en su lugar? Si se limita la castración simbólica proveniente de lo paterno, ¿en su lugar no aparecerá la imagen de la completud fálica en ese “proyecto” de hijo, dando lugar a una renegación de las diferencias de los sexos y de las diferencias de las generaciones, quedando confusos los lugares simbólicos en la familia? Sabemos que la función de corte del padre lleva a una instauración de *I* la represión estructurante como marca del psiquismo en el niño, en tanto *i* su pulsión se ve acotada y por lo tanto derivada y abierta.⁹

Sin embargo en muchos casos se aprecia una atadura del niño a un goce imposible, donde el valor parece ser que el hijo detente un poder casi supremo, quedando “en suspenso”, el lugar del padre.¹⁰

⁹. Coincido con los planteos de M. Casas (1994) cuando dice: “Y en el espacio-tiempo de “lo que no se puede” o “no se debe”, presentificando al mismo tiempo lo que se habilita, en esas rutinas de lo cotidiano, acontece una imaginarización encarnada de un acontecimiento inconciente capital cual es la represión: trabajo de un No como límite al placer que hace presente la defensa nodal de la neurosis. El No a las demandas, límite al placer, va desde vivencias de frustración a elaboración de límites y organiza, en el lenguaje freudiano, los diques que prefiguran una instancia psíquica: el superyó”.

¹⁰. Desde una perspectiva lacaniana y una interpretación personal de diversos fenómenos sociales C. Calligaris (1996), analiza este aspecto en el Brasil, donde desde su punto de vista observa muchas situaciones donde aparece en los padres una imposibilidad de reprimir (en el sentido de interdicción) “que parece testimoniar un verdadero fantasma relativo a la infancia. Donde el niño muchas veces debería realizar el sueño paterno de un goce sin límites. Y un goce sin límites es un proyecto que implica la anulación de cualquier significante paterno”.

Deseo aclarar que cuando hablo de “lugar del padre” puedo referirme tanto al padre como a la madre (como opera la prohibición fundante del incesto en ella misma), ya que estoy hablando de quien realiza una función de límite, corte, ante el deseo del niño de alcanzar una completud imposible. Además, desde lo concreto, entiendo tal como lo plantea M. Casas (1994) a: “la función del padre, como función ordenadora, es la que en última instancia pone de relieve al diferencia de los sexos y da lugar a la organización identificatoria, donde circulan los diversos lugares que ocupan los progenitores en la peripecia singular de la organización psíquica”. Y agrega: “las carencias y fallas en el ámbito de la prohibición, que es en última instancia prohibición del incesto, constituyen la base de numerosos efectos patológicos” (1992).

Asimismo sostengo que es muy importante estar atento a que también estos padres se encuentran impulsados y hasta presionados por la cultura a ubicarse en el lugar de padre-amigo del hijo, desde donde poder decir “no” a las exigencias del infante termina muchas veces por ser un punto de controversia de los padres y de culpas y dudas.¹¹ En mi experiencia suele ser común escuchar decir que se encuentran en una situación inesperada y con la sensación que el hijo se les va de las manos.

Todo esto abre sin duda un sin número de interrogantes. Entre ellas el tema de las identificaciones. ¿Con quienes se identifican los padres, y con quien identifican al hijo? ¿Cómo operan los fenómenos de idealización en estos vínculos?

J. Assandri (1996) señala también estos aspectos presentes en nuestra cultura, hablando del “tiempo en que llega a ser (el niño) introducido como pilar de la familia, llega a un estado casi sublime, el niño del todo-posible. Darle al hijo lo que no se tuvo en la propia infancia es uno de los movimientos por donde se hace evidente el asunto, en el supuesto que eso que faltó al padre, en tanto hijo, al ser dado a su hijo, éste va a aprovecharlo. Allí donde el padre debería darle al hijo su falta, le embute (coloca) algo indigerible.

¹¹. Este mismo aspecto fue también observado y planteado por Cortezzi Reis, C. (1995) como un hecho cada vez más común en la relación padres-hijo en el Brasil.

Identificaciones, ideales, y representaciones parentales

En la actualidad diferentes autores que han trabajado el tema de las relaciones iniciales padres-bebé, han prestado especial atención al tema de las representaciones que los padres (en principio la madre) tienen de su hijo. Existe un concepto fundamental planteado por Kreisler, L. y Cramer, B. (1985), que es el de interacción real-interacción fantaseada. Resumiéndolo diremos que la forma en que la madre fantasea la relación con el hijo (identificándolo con alguna figura conflictiva de su pasado infantil) determina la forma en que interaccionan con él, lo que lleva a la constitución o no de relaciones patógenas. Mas actualmente Cramer, B. junto a Palacio Espasa, F. (1995) elaboraron el concepto de Secuencia Interactiva Sintomática, que es “una estructura repetitiva de intercambios madre-hijo, focalizando la patología típica de la díada y relacionada causalmente con un conflicto central de la madre. Es un síntoma actuado a dos, en el cual se entrelazan las contribuciones intrapsíquicas e interpersonal al nivel de la interacción. Permite descifrar el conflicto presente de la díada, en términos de un conflicto nodal de la madre con los objetos privilegiados de su pasado infantil”.

Esta forma de observar y analizar las interacciones (y las identificaciones) pautan actitudes en la clínica ya que estos autores toman como eje de su trabajo el modificar las representaciones que de su hijo tiene la madre (y el padre). Rastrear el posible origen de dichas representaciones, haciendo un trabajo elaborativo a partir de la interpretación de la reactivación del pasado infantil de la madre en la relación con el hijo. Observan muchas veces la presencia de duelos no resueltos y la ubicación de los padres en un lugar “ideal”, es decir ubicándose en el lugar de los “padres ideales” que ellos vivenciaron no tener (Palacio Espasa, F. 1997).¹²

En el plano clínico-terapéutico D. Stern (1996) plantea el análisis de diferentes formas *de* terapia de acuerdo a dónde estén priorizadas las vías de abordaje y de cambio –partiendo también de una mayor integración de la figura del padre a partir del concepto vertido por Lebovici de “*triadificación*–, y señala cómo en el modelo psicoanalítico de estos autores, la vía de entrada son las representaciones que la madre tiene de su hijo.

¹². Asimismo juega su contraparte, buscar que el hijo logre lo que ellos mismo no pudieron lograr en su momento. Tiene plenas vigencias lo planteado por Freud, S. (1914) cuando decía: “El niño debe tener mejor suerte que sus padres, no debe estar sometido a esas necesidades objetivas cuyo imperio en la vida hubo de reconocerse. Enfermedad, muerte, renuncia al goce, restricción de la voluntad propia no han de tener vigencia para el niño, las leyes de la naturaleza y de la sociedad han de cesar ante él, y realmente debe ser de nuevo el centro y el núcleo de la creación. His Majesty the baby, como una vez nos creímos. Debe cumplir los sueños, los irrealizados deseos de sus padres”.

En lo personal hace ya un tiempo que me vengo cuestionando qué es lo *que ocurre con las representaciones de sí mismos como padre y madre y qué efecto tiene esto en la constitución del síntoma de un hijo pequeño.*

Es mi parecer, que es fundamental rastrear este tipo de imágenes mentales por cuanto está en juego el narcisismo parental.

Entonces surge la pregunta de *¿cómo constituyen los padres las representaciones de sí con relación a ese hijo?, Y ¿qué utilidad clínica tiene esto?*

En primer lugar creo que la imagen que de sí mismos tienen como padres se constituye por múltiples vertientes, algunas de las cuales serían:

- 1) las vicisitudes de su relación edificada con sus padres, fundamentalmente desde la perspectiva de su vivenciar pulsional, con el resultado de diferentes posibles identificaciones.*
- 2) el peso de lo transgeneracional como lo señala por ej. Faimberg (1985) y otros.*
- 3) las pautas de apego adquiridas y reactualizadas en el hijo.*
- 4) los sucesos y vivencias actuales en torno a la paternidad y la maternidad de ese hijo. Por ej. la presencia o no de duelos en ese momento, situaciones traumáticas en torno al embarazo y el parto, enfermedades, internaciones, etc. que siempre se resignifican (après coup) con su pasado infantil.*
- 5) las imágenes o representaciones que transmite el entorno socio-cultural del que forman parte los padres y que conforman una determinada imagen de padre y madre, y que se integra al ideal del yo.¹³*

¹³. D. Gil (1994), en su análisis sobre la familia en el fin de siglo, y las características de la función paterna, plantea que "...más allá del plano estructural, e incidiendo en la dimensión fantasmática, va a operar la imagen del padre que predomina en la mentalidad de la época (en su imaginario social) como elemento nada desdeñable de la constitución del superyó".

S. Gomel (1993) plantea que "aún cuando cáela familia presenta una especificidad irrepetible y se recorta con un perfil diferencial, existe una estrecha relación entre los ideales familiares y los propuestos por el discurso cultural de una época. Dicho discurso se define como el lenguaje predominante de una sociedad que opera en la mente a modo de discurso identificador y vehiculiza contenidos inconcientes. Es transmitido por el lenguaje común y por las instituciones sociales, la escuela, las leyes, los medios masivos, la familia".

Representaciones culturales sobre la parentalidad

De estos posibles 5 puntos intentaré en este momento jerarquizar el último, porque se une a mi inquietud sobre el tema de qué imagen de padre y madre transmite la cultura, lo que llamaré *representaciones culturales sobre la parentalidad*.

Creo que estas representaciones forman parte de todos nosotros y parece ser una pauta que se transmite consciente e inconcientemente sobre un modelo esperado de conducta parental. Operando desde el imaginario social, hace cuerpo en el espacio psíquico familiar (e individual), generando sentidos y actitudes específicas en su “ser padres”.¹⁴

Lo podemos tomar como un aspecto de la integración del sujeto a su entorno cultural, dentro del plano de lo transubjetivo. Podemos imaginar lo difícil que resulta definir dicha gama de representaciones, porque indudablemente existe una diversidad muy grande, y pretender abordarlas unilateralmente suena más a un desborde de omnipotencia, que a una precisión “científica”.

Pretendo simplemente *plantear algunas tendencias* que observo en torno a estas representaciones que provienen de mi experiencia de trabajo con familias de clase media, media alta, donde aparecen ciertas pautas que iré volcando aquí.

Tomando además como fuente de información algunas expresiones sociales tales como, cine, televisión, propagandas, etc., observamos como va instaurándose una tendencia de lo que de un padre (y madre) se espera:

- *que sea amigo de su hijo, borrando las diferencias generacionales.*
- *que no tenga una actitud directriz, ni directamente dominante, siendo el niño el que muchas veces “dirige” su desarrollo.*
- *que se aleje lo más posible de la imagen de un padre autoritario.*

¹⁴ Desde un ángulo diferente, otros autores han investigado la conformación de las llamadas representaciones sociales y su incidencias en los sujetos y los grupos (Jodelet, D. “Representaciones sociales: un campo en expansión”, y Kaës, R. “Psicoanálisis y representación social”).

Si bien plantean diferentes puntos de sumo interés, quiero resaltar la definición que da D. Jodelet, de dichas representaciones sociales, entendidas como: “Una forma de conocimiento socialmente compartido, que tiene un sentido práctico y que converge en la construcción de una realidad común a un conjunto social”. Siendo además: “un sistema de interpretación que rige nuestra relación con el mundo y los otros, orientan y organizan las conductas y las comunicaciones sociales”.

No es mi objetivo en este trabajo desarrollar estos aspectos sino dejarlos abiertos como punto de discusión.

- *que a veces anteponga los deseos del niño a sus propios deseos, para evitarle sufrimientos o traumas en su desarrollo.*
- *que delegue precozmente en otros técnicos parte de la educación del hijo, y no en las experiencias de sus mayores (abuelos), ni de sí mismos como padres.*¹⁵

Estos puntos que más que ítems son ensayos de preguntas sobre el tema podrían dar una idea de “padres-víctimas” de los hijos, donde quedan en una posición pasiva, y donde la “actitud activa” y hasta “agresiva” está únicamente del lado del niño. No pienso que esto sea así.

Porque a su vez todos estos elementos terminan siendo un punto de gran exigencia sobre el hijo. Exigencia que termina siendo una forma más de intrusión-agresión, ya que lo que parece ser dejado de lado es darle su tiempo y estilo de ser.

Podríamos plantearnos que en los casos en que parece que estos padres quedan sometidos al hijo en realidad están *sometidos al ideal que está proyectado en el lujo, y están a su vez sometiendo al hijo a la violencia de ser desalojado de su lugar de hijo en la cadena de generaciones.* Situación que es uno de los pilares de la estructuración psíquica.

Retomando otro punto, quiero señalar cómo estas R.C.P. así como las representaciones culturales sobre el niño (que pasaré a detallar), pueden ser

¹⁵. El sociólogo C. Filgueira (1996) plantea que la “perdida de funciones de la familia es uno de los rasgos más notables de las tendencias sociales de nuestro tiempo. Históricamente muchas de las funciones tradicionales que en el pasado se asociaban a la unidad familiar han sido transferidas total o parcialmente a otras instituciones especializadas de la sociedad. Por ej. ha habido una transferencia de buena parte de las funciones de socialización y educación hacia otras instituciones específicas. Y dentro del seno mismo de la familia el historiador L. de Mause (1982) plantea que a partir de la segunda mitad de este siglo se fue dando un cambio en las relaciones paterno-filiales, donde se da la idea de que el niño sabe mejor que los padres lo que necesita en cada etapa de la vida e implica la plena participación de ambos padres en el desarrollo de la vida del niño, esforzándose por empatizar con él y satisfacer sus necesidades peculiares y crecientes. No supone intento alguno de corregir o formar “hábitos”. A diferencia de otras épocas no se tiende a darle golpes ni reprimirlos. Se buscaría responder continuamente a sus necesidades, jugar con el, tolerar sus regresiones, estar a su servicio y no a al inversa, interpretar sus conflictos emocionales y proporcionar los objetos adecuados a sus intereses en evolución. El autor entiende que es muy difícil para los padres “llenar” todos estos requisitos, pero personalmente entiendo que apunta a un “perfil” cultural o posibles “representaciones culturales de la paternidad”, que hace efecto en los “padres modernos”, Algo que me parece interesante y coincidente con mi visión es que, según este autor, se espera que con esta “educación ideal”. “Su resultado es un niño amable, sincero, que nunca está deprimido, que nunca tiene un comportamiento imitativo, de voluntad firme, y en absoluto ¡intimidado por la autoridad.”

herramientas o caminos clínicos que podemos tomar como “puertas de entrada” (como señala Stern) para modificar el vínculo que los padres tienen con su hijo pequeño.

Me he encontrado con algunos casos con que la posibilidad de trabajar más directamente con “lo reprimido” (el deseo edípico y sus vicisitudes) reactivado en su hijo, no fue posible por diferentes motivos. Pero sí fue tolerable para ellos (y tal vez para mí) en ese momento, “meternos” en su mundo psíquico y modificar en algún aspecto las representaciones de sí como padres y las de su hijo (y por la tanto la interacción fantaseada), viendo como en ellos se instalaba ésta gama de representaciones culturales que terminaban por distanciarlos del “niño real” y sus necesidades y deseos particulares.

Esto, sin duda, configura un terreno a investigar.

Representaciones culturales sobre el niño

En correlación a todo esto es evidente que también ocupará un lugar las *representaciones culturales sobre el niño (R.C.N.)* que serían las imágenes que transmite y privilegia una cultura sobre el niño y que al igual que las R.C.P. condicionan actitudes y formas de estructurar los vínculos.¹⁶

De este punto me he venido ocupando a lo largo del trabajo y como ya lo hemos visto al hacer la introducción histórica la imagen de la infancia o como la llamamos ahora R.C.N., han ido teniendo una variación substancial. Del niño que aparece como un adulto en miniatura en las pinturas del Dodero, al niño que observamos en por ej. “Mi pobre angelito”, o en los cortos publicitarios existe una diferencia por así decir, abismal.

Si tuviéramos que definir en pocas palabras lo que aparece como una de las imágenes deseables –en determinado ámbito social– del niño pequeño en este comienzo de siglo, nos inclinaríamos a pensarlo como:

- *activo*
- *espontáneo (casi transgresor)*
- *explorador*
- *persistente*

¹⁶. Este concepto es en parte una reelaboración de la idea que planteamos junto a A. Cardozo y S. López (1993, 1994) sobre “el bebe fantaseado de la cultura”, donde intentábamos comparar la imagen del niño ideal de principio de siglo, con la del niño ideal de fin de siglo.

- *autónomo*
- *precoz (motriz e intelectualmente)*
- *conectado (en casi permanente interacción).*

Pero, ¿esta es la única imagen que se observa en nuestra cultura sobre el niño? Por supuesto que no. Existe si se quiere, la imagen opuesta a la señalada. También es un hecho de nuestra cultura la situación de niños (sobre todo en áreas marginales) en los cuales no se privilegia su desarrollo como un pilar estructurador. Niños que son víctimas de violencia y maltrato (y no sólo entre población marginal) en diferentes planos, como el del abuso sexual, hecho que como señala Hoffman, M. (1996) es muchas veces tratado con aburrimento, ignorancia y falta de respuesta. En muchos países y sectores sociales han aumentado el trabajo y la explotación sexual de los niños.

Considero que es tan parte de la realidad la niña-pirámide que “pega” a sus padres, como el niño que es castigado y explotado por sus padres. Todo esto configura una alternancia de situaciones que demuestra la complejidad de los fenómenos sociales e individuales que vivimos.

La potencialidad de un maltrato infantil es algo que forma parte de todos nosotros, pero deseo insistir también con el hecho de que el niño que (en mi experiencia) queda desalojado de su “lugar de hijo” sufre la “violencia” del abandono psíquico, y de quedar librado por su cuenta a la difícil tarea de gobernar sus pulsiones, o en otros casos de buscar formas substituías de autosostenimiento.

Algunas posibles consecuencias

Los cambios que he venido señalando del lugar de los padres y el niño en la cultura no implican que todos los niños y todos los padres sean iguales, y tiene también sus aspectos a favor. Por ejemplo, L. Osorio (1997) señala que: “Tal vez el gran cambio en la relación padres-hijos en el mundo de hoy sea justamente el abandono de alternativas de prohibir o permitir para el surgimiento de una actitud de negociar y dialogar, lo que *incrementa la confianza recíproca y la tolerancia mutua en las relación entre las generaciones*”.

Coincido con esta perspectiva en tanto se pueda dar una estructura familiar donde las funciones y las diferencias de los lugares simbólicos no caigan en el campo de la renegación.

De todas maneras, yo quiero pensar algunos casos en que aparecen ciertas dificultades, donde éstas tendencias culturales (junto a dificultades personales) generan una distorsión en los vínculos con diferentes efectos en la estructuración psíquica del niño pequeño.

Vida M. de Prego (1997) se plantea una serie de interrogantes al respecto: “¿Puede el niño-hombre de hoy metabolizar la vertiginosa carrera de logros científicos, tecnológicos, socio-culturales, etc., que se le imponen? La multiplicidad de estímulos a que está sometido el niño, ¿no podría determinar una perturbación en la capacidad de discriminar?”.

En lo personal son estos aspectos los que me preocupan. Cómo esa imagen de niño que transmiten los medios empuja a un desarrollo precoz, donde se ve limitada la experiencia de dependencia tan necesarias en el bebé. Bebés que demuestran como característica una actitud de exploración, pero con un grado de inquietud casi desmedida. Algunos de ellos son “diagnosticados” como hiperactivos antes de los 2 años. Observando el desarrollo de algunos niños me he planteado si no incidirá que el movimiento y la inquietud tienen un valor especial en la constitución de su *self*.

Pero en forma muy resumida, diré que en algunos casos es como si el bebé o el niño cambiara la dependencia del objeto materno, por una forma de autosostenimiento motriz, que podríamos denominar “*falso self motriz*” (Guerra, V. 1995 y 1998), para diferenciarlo del falso *ye//*” intelectual que describe Winnicott (1960). Estos niños son descriptos como muy activos desde el principio y muy intensos en sus reacciones. Por diferentes motivos se dan dificultades en lo que Winnicott (1945) denominara “desarrollo emocional primitivo”, ya que por ejemplo, las experiencias de *relajamiento o no integración* no aparecen privilegiadas (la mayoría de las veces por falta de un “*holding*” adecuado).¹⁷

También incide que existe desde los padres o *una investidura especial de las señales de vitalidad del bebé o una tendencia exagerada a la autonomía, que hacen que el bebé haga de madre de sí mismo a través del movimiento pero moviéndose demasiado.*

¹⁷. Considero que esto también puede estar atravesado por el imaginario cultural. Si las R.C.N. apunta prioritariamente hacia el tema de la actividad y la interacción, no queda mucho lugar para privilegiar realmente los momentos de relajación-no integración y repliegue del niño, ya que muchas veces supone un peligro. Algunas madres dicen; “si se mueve es porque está sano”. Asimismo queda poco espacio para lo que M. Khan (1978) denominara la capacidad de “estar en barbecho” (*lying fellow*) definido como “Un modo de emparentarse con una quietud despierta y con una conciencia receptiva ligera”, que para él da el sustrato energético de la mayoría de los esfuerzos de creación, siendo el necesario anverso del trabajo mental organizado.

Si como dice Winnicott (1949) el bebe con el uso de su mente convierte el ambiente bastante bueno en un ambiente perfecto compensando así las fallas maternas, en estos casos plantearía que lo hace con el trabajo de su aparato motriz y con el movimiento.

El problema es que esto muchas veces se confunde con una *actitud de espontaneidad y exploración, que como valores culturalmente aceptados (R.C.N.)*, terminan por consolidar algo que conduce a lo que algunos llaman “*síndrome hiperactivo*”, o más directamente hacia *trastornos de conducta* en la edad escolar (cuando no preescolar). Y este niño no puede aceptar los límites, porque (entre otras cosas) el movimiento está al servicio de la sensación de seguridad interna, y/o en función del deseo materno de un hijo potente e independiente, estando las funciones parentales confusas y conflictuadas.

Un niño en tratamiento me decía: “¿sabes lo que pasa?, yo me tengo que mover, es más divertido y así soy como ‘Tasmania’ el dibujito, que se mueve rápido, tiene mucha fuerza y no precisa de nadie”. Cabe consignar que en este “no precisar de nadie” se esconde una historia de depresión que es enmascarada por el síntoma y actualizada en el trabajo transferencial.

Creo que este tipo de casos constituyen uno de los tantos puntos que desde la clínica, hoy en día, interpelan nuestra labor psicoanalítica con niños. Y a su vez, el poder observarlo desde un lugar “límitrofe” de lo individual, en cruce con las influencias socio-culturales, puede abrirnos una escucha y una posibilidad de intervención diferente.

Bibliografía

ARIÉS, P. (1987) “El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen”. Ed. Taurus.

ARIÉS, P. (1993) “Ensayos de In memoria”. Ed. Vitral.

ANDREOLI, M. (1997) “Pérdida de vínculos comunitario e identidad”, en “Los vínculos en la sociedad actual”. Ed. Roca Viva.

ASSANDKI, J. (1997) “Clínica infantil: territorio; y abordajes”. Ed. Roca Viva.

BADINTER, E. (1991) “¿Existe el instinto maternal?”. Ed. Paidós.

BARRÁN, J., Caetano, G., Porzecanski, T. (1997) “Historias de la vida privada en el Uruguay”. T. I y II. Ed. Taurus.

- BERNARDI, R. (1997) "Salud mental y subjetividad en nuestro fin de siglo". Inédito.
- CALVINO, I. (1994) "Seis propuestas para el próximo milenio". Ed. Siruela.
- CALLIGARIS, C. (1996) "Helio Brasil". Ed. Escuta.
- CARDOZO, A., Guerra, V., López, S. (1993) "Bebes y padres de fin de siglo: ¿entre la precocidad y la hiperestimulación?", presentado en el Encuentro Internacional sobre la salud mental del lactante, el niño y el adolescente del siglo XXI. Punta del Este, Uruguay.
- CARDOZO, A., Guerra, V., López, S. (1994) "Comenzando los vínculos: los bebes, sus papas y el jardín maternal". Ed. Roca Viva.
- CASAS, M. (1994) "Función paterna en la familia en este fin de milenio". Rev. A.P.U. N° 79/80.
- CASAS, M. (1992) "Estructuración psíquica". XIX Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis. Rev. A.P.U. N° 76.
- CASAS, M. (1998) "Del sujeto social y el sujeto de deseo. Nuestra contemporaneidad". Presentado en A.P.U.
- CORTEZZI REIS, C. (1995) "A criança de ontem e de hoje". Rev. Espaço Criança. Escritos Psiconalíticos. Vol I, N° 1. Instituto Sedes Sapientiae, São Paulo, Brasil.
- CRAMER, B., Palacio Espasa, F. (1995) "Técnica psicoterápica mãe-bebe". Ed. Artes Médicas.
- DOLTÓ, F. (1991) "La causa de los niños". Ed. Paidós.
- DE MAUSSE, L. (1982) "Historia de la infancia". Ed. Alianza.
- FAIMBERG, H. (1985) "El telescopaje de generaciones: las genealogía de ciertas identificaciones". Rev. de Psicoanálisis, V. 42, N° 5.
- FILGUEIRA, C. (1996) "Sobre revoluciones ocultas: la familias en el Uruguay". Publicación de C.E.P.A.L.
- FREUD, S. (1914) "Introducción del narcisismo". T. XIV. Ed. Amorrortu.
- GALENDE, E. (1997) "De un horizonte incierto. Psicoanálisis y Salud Mental en la sociedad actual". Ed. Paidós.
- GÉLIS, f. (1989) "La individualización del niño", en "Historia de la vida privada", T. 5, de Aries, P, y Duby, G. Ed. Taurus.

- GIL, D. (1994) “La familia. Una aproximación genealógica en este fin de milenio”. Rev. A.P.U. N° 79/80.
- GOMEL, S. (1993) “Panel sobre abordaje psicoanalítico de la familia”. “Encuentro Internacional sobre la salud mental del lactante, el niño y el adolescente en el siglo XXI”. Punta del Este, Uruguay.
- GUERRA, V. (1995) “El papel de la mirada, y los cambios de posición corporal en los primeros seis meses de vida, y su relación con el desarrollo del self”. Conferencia del X Congreso de Psiquiatría del niño y del adolescente. Curitiba, Brasil.
- GUERRA, V. (1998) “Sobre diferentes aspectos del falso self. La conformación del falso self motriz”. Inédito.
- HOFFMAN, M. (1996) “La falta de un espacio: causales de violencia contra la infancia”. Rev. A.U.D.E.P.P., T. IV, N° 4.
- JODELET, D. “Representaciones sociales: un campo en expansión”.
- KAËS, R. “Psicoanálisis y representación social”.
- KHAN, M. (1978) “Estar en barbecho”, en “Winnicott”, ed. Trieb.
- KREISLER, L. y CRAMER, B (1985) “Sur les bases cliniques de la psychiatrie du nourisson”, in S. Lebovici, R. Diatkine, M. Soulé, Traité de psychiatrie de l’enfant et de l’adolescent.
- MABERINO, DE PREGO, V. (1997) “Los hijos de la nueva tecnología”, presentado en el Congreso Internacional de Salud Mental, Canela, Brasil.
- MARTÍNEZ DE BAGATTINI, C. (1997) “Anorexia nerviosa y bulimia. Su relación con lo perverso”. Rev. A.P.U. N° 84/85.
- OSORIO, L. (1997) “Familia hoje”. Ed. Artes Médicas.
- PALACIO ESPASA, F. (1997) “Os conflitos das parentalidades e as psicoterapias pais-bebe”. Conferencia del II Simposio Brasileiro de Observação da relação mãe-bebe. Canela, Brasil.
- STERN, D. (1997) “A constelação da maternidade”. Ed. Artes Médicas.
- VIGARELLO, G. (1995) “Lo sano y lo malsano”. Ed. Trilce.
- WINNICOTT, D. (1945) “Desarrollo emocional primitivo”.

WINNICOTT, D. (1949) “La mente y su relación con el psique-soma”. Escritos de Pediatría y Psicoanálisis. Ed. Laia.

WINNICOTT, D. (1958) “La capacidad para estar a solas”. El proceso de maduración en el niño. Ed. Laia.

WINNICOTT, D. (1960) “Distorsión del ego en términos de verdadero y falso self”. El proceso de maduración en el niño. Ed. Laia.